

PRÁCTICAS DEL YO Y ESCRITURA FEMENINA

Goodman, Dena, *Becoming a woman in the age of letters*. Ithaca and London, Cornell University Press, 2009. 386 pp¹

Este hermoso libro trata sobre la emergencia de una práctica escrituraria eminentemente femenina en tiempos de la *République des lettres* y está ilustrado con pinturas y reproducciones, así como con una serie de objetos artísticos creados en esa época exclusivamente para ellas. De manera erudita y amena, la autora despliega la forma en que el género se impone no sólo a los cuerpos sexuados sino también a los propios objetos materiales. En cuatro grandes apartados logra mostrar lo que significó convertirse en mujer pensante a través de la escritura, en una época que se preciaba de moderna y valoró tanto la autonomía del sujeto.

¹ La autora, especialista en el tema y profesora de *Women's Studies* en la Universidad de Michigan, tiene varios libros consagrados no solamente a las mujeres escritoras, sino a la pujante cultura material que se desarrolló en paralelo en el siglo XVIII francés. Su libro más conocido es *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment*, Cornell University Press, 1994. Desgraciadamente, su obra no ha sido traducida aún al español.

Si bien la escritura de cartas es una práctica muy antigua, fue hacia finales del siglo XVII cuando las “ladies”, es decir, las mujeres de la élite, comienzan a apropiársela, convirtiéndola muy pronto en la práctica distintiva de su “naturaleza”. Gracias al desarrollo de la alfabetización, al intenso movimiento migratorio que el colonialismo provocó, así como al desarrollo de los servicios postales, un número creciente de mujeres, desde reinas y condesas hasta esposas o hijas de artesanos y comerciantes, se volvieron escritoras de cartas. Esta práctica se convirtió, a la par que la conversación, en una de las formas en las que una mujer del siglo XVIII podía mostrar su refinamiento y buena educación. Más importante aún, su correspondencia privada les permitió, al mismo tiempo, reflexionar sobre sí mismas y sobre su relación con los demás, ya que uno escribe al otro para encontrarse a sí mismo; así, las cartas se convirtieron en el medio privilegiado de acceso a la cultura del yo. A través de ellas, las mujeres pudieron articular y expresar su subjetividad genérica en un momento en que las expectativas de género estaban cambiando.

Si el diario íntimo ha sido visto como el sitio de producción de la subjetividad moderna, la correspondencia privada fue la forma de escritura por excelencia desde donde el sujeto moderno se expresó. Habermas llamó al siglo XVIII, “el siglo de las cartas”, pero no consideró lo que esa actividad significó específicamente para las mujeres, que es lo que Goodman acomete de manera tan rica y amena.

Tanto las academias masculinas como los salones femeninos que florecieron desde el siglo

XVII propiciaron el nacimiento del “escritor”, aunque la alfabetización masculina estuviera más extendida que la femenina. Cuando la Revolución francesa estalló, el mundo de las letras se había ampliado; si bien el número de escritoras también aumentó, éstas siguieron siendo minoría, incluso en el feminizado género de la novela. Pero en donde las mujeres siguieron distinguiéndose fue en la escritura de cartas y ésta no fue para ellas una simple actividad recreativa o un paliativo por su exclusión de la esfera pública, sino un paso fundamental en el desarrollo de la conciencia de sí mismas como sujetos genéricos en el mundo moderno.

Cuidándose mucho de no escoger la correspondencia de mujeres famosas o excepcionales, Goodman estudió la correspondencia de cuatro mujeres que practicaron ese género cotidianamente: Catherine de St. Pierre (1743-1804), Geneviève Randon de Malboissière (1746-1766), Marie Jeanne (Manon) Philipon (1754-1793) y Sophie Silvestre (1764-1798). Como escribió en su introducción, mientras más de cerca examina uno a una mujer y a sus cartas, más única se nos hace.

Para situar mejor las cartas de esas mujeres, Goodman se acercó a las teorías educativas que moldearon su aprendizaje y al de la revolución en el consumo que formó el mundo material del que se rodearon las escritoras. Si bien a esas mujeres no se les conminó a que sustituyeran la pluma por el bordado, sí se les amedrentó para que no se profesionalizaran como escritoras ni se les ocurriera entrar al poderoso mundo de lo impreso y participar así en esa nueva y pujante esfera pública. Educadores, pedagogos y hombres de letras estaban conscientes de que una vez adquirido el gusto

por la escritura, éste podría salirse de su “cauce original”. Por eso desarrollaron y promovieron métodos de enseñanza convenciéndolas de limitar su don “natural” exclusivamente para la expresión epistolar, dentro del espacio de la comunicación privada.

Al volverse esa práctica femenina, la parafernalia que la rodeó se volvió parte del sistema de la moda: papel, plumas, tinteros y escritorios, se producían y vendían en las mismas calles que la ropa y los libros de moda y se anunciaban profusamente en la prensa escrita. Tanto los consumidores como los productores y vendedores de esos bienes moldearon lo que Daniel Roche llamó “los nuevos modales”, solo abordables, por supuesto, por una élite.

Hacia finales del siglo XVIII, sin embargo, ese sector social ya estaba compuesto más por gente adinerada que sólo por aristócratas. La revolución del consumo dejó así de pertenecer a una categoría de estatus, la aristocracia, para pasar a una genérica: las mujeres. Se consideró que ellas disponían de tiempo libre para dedicarse al ocio y al placer, a la moda y al consumo, y no a la producción, al comercio, o a la empresa colonial, de predominio absolutamente masculino.

En su tiempo libre, ellas podían leer novelas y pasear por jardines y parques, así como comprar o atender a sus invitados en los espacios de sociabilidad como salones, comedores, e incluso en sus *cabinets*, en donde escribían su correspondencia sobre sus *secretaires* o se entretenían con juegos de mesa. Asistían al teatro y viajaban por placer visitando monumentos y atracciones sugeridas por las guías de viajero. Sin embargo, ese ocio femenino

corría el riesgo de atraer la condena social y podía convertirse fácilmente en un defecto moral, que los pedagogos, hombres y mujeres de aquel siglo, combatieron en los muchos libros que escribieron para dirigir su educación. Porque si todos temieron las consecuencias perniciosas del ocio, también estaban de acuerdo en aborrecer a su contrario, una mujer demasiado educada, describiendo los peligros que acechaban a la *fille savante* que jamás encontraría marido.

La escritura de cartas, como práctica manual y técnica, pero también intelectual, debía destilar gracia y sensibilidad, cualidades centrales en el desarrollo de la feminidad elitista ideal. Y quién mejor que las propias madres para encauzar ese duro aprendizaje en el siglo en el que la maternidad comenzó a ser vista como vocación y como carrera.

La trayectoria de esas jovencitas estaba bien trazada: después de su primera comunión terminarían su educación en algún convento del que saldrían para hacer su entrada “al mundo”. Desde ahí la joven escribiría largas cartas a su madre y entablaría relaciones de amistad que durarían toda su vida y serían, a su vez, fuente inagotable de íntima correspondencia. Ellas debían aprender el difícil arte de escribir de manera “natural” y sin errores de ortografía una lengua que aún no se fijaba uniformemente, para lograr ser motivo de orgullo de sus familias que leían en voz alta sus misivas.

En vez de representar la agencia que esas mujeres estaban adquiriendo y la autonomía que el ejercicio de la escritura les otorgó, los pintores que las retrataron escogieron atarlas al tópico del amor y de sus irremediables secuelas: espera,

sufrimiento, celos, traición. Si uno creyera a los artistas holandeses que desarrollaron el tema de las cartas y que transformó el género de la pintura desde mediados del siglo XVII, camino que fue seguido el siguiente siglo por los pintores franceses, las mujeres eran más bien lectoras, pero sobre todo, lectoras de cartas de amor. Los artistas, de Vermeer a Fragonard, las representaron apegadas al ideal que ellos imaginaron. Goodman analiza detenidamente a los pintores franceses que a lo largo del siglo retrataron a las mujeres lectoras de cartas, y muestra, como lo hizo Roger Chartier, que la iconografía sobre el tema de la lectura fue absolutamente genérica en ese siglo: las mujeres retratadas revelan el ocio, el placer sensual, la intimidad más secreta e incluso erótica, en el acto de leer esas cartas y no de escribirlas. Y las compara magistralmente con las adustas y serias pinturas de hombres lectores.

Por otra parte, Goodman examina el cuadro *Portrait of a Woman* pintado en 1787 por Adelaide Labille-Guiard, una de las primeras retratistas de su época. Al contrario de lo realizado por sus pares masculinos, pinta a una mujer escritora que mira de frente y orgullosamente al observador. Si uno se fija en la carta que escribe, podrá darse cuenta sin dificultad que está dirigida a sus hijos, “a quienes recomiendo la amistad que los protegerá”. La retratada parece saber que su acción la coloca como madre en el centro de la visión moderna de feminidad; la pintora, a su vez, trata de resolver en el cuadro el dilema que las mujeres de su época enfrentaron, entre los ideales de la subjetividad genérica y los de la maternidad, para poder llegar a ser mujeres modernas.

El balance final que podemos hacer de este libro es que al estudiar la correspondencia privada de mujeres reales, Goodman logra cuestionar muchos de los tópicos que tanto la pintura como la literatura, y hasta el feminismo de la época, cincelaron sobre ellas. Esas cartas permiten ver la tensión, si no es que la contradicción latente, entre los ideales que esa mujer moderna debía enfrentar: los de una madre sensible y responsable y los que emanaban de un sujeto escritor que buscaba ser libre.

Porque una vez más, las novelas de la época, ya sean las de Laclos, Rousseau o de Graffigny, muestran más bien los ideales masculinos en los que las mujeres eran rehenes de los juegos de los demás. Las cartas analizadas, al contrario, muestran a sujetos luchando por su autonomía a través de la reflexión y la comunicación facilitadas por las prácticas de la lectura, la conversación y la escritura a sus queridas amigas.

La pintura, las novelas y hasta algunas de las feministas que en ese siglo hablaron en pro de la igualdad y de los derechos de las mujeres, tacharon a las ladies de vanas, ociosas y sólo interesadas por un buen matrimonio. No alcanzaron a ver la nueva sensación de intimidad que la práctica de la escritura dio a esas mujeres del XVIII y la posibilidad genérica de obtener agencia a través de la educación que recibieron y no a pesar de ella.

Es probable que estas ladies, las que sobrevivieron a la Revolución francesa, estuvieran más preparadas para enfrentarse a la nueva época que se abría ante ellas. Si hoy no entendemos sus solitarios caminos es porque ellas, gracias a Goodman, no encajan ya en las rígidas categorías que trataron de constreñirlas en dos únicos y

antagónicos modelos de mujer: el de decadentes aristócratas de Antiguo Régimen o el de virtuosas madres republicanas. ∞

Fernanda Núñez Becerra
INAH - Xalapa
fnunezbecerra@gmail.com